la cara contra el suelo á no recibirla el Duque en sus brazos privada de sentido, rendida á un desmayo mortal; pero teniendo aún á Clementina estrechada á su pecho.

VI

El amor maternal y el amor filial habían empujado á Leocadia y á su hija hasta el borde del abismo insondable del crimen: estos dos sentimientos, los más grandes y más sublimes, los más desinteresados y tiernos que pueden albergarse en el corazón humano, habían sido para las dos infelices mujeres manantial de errores, haciéndoles faltar á todos los deberes sociales y morales.

Aunque la comprensión del lector ha podido ya adivinar hasta qué extremo amaba Marcelo á su mujer, y que, dado este amor, era fácil y aun necesario que la perdonara, bueno será que le expliquemos, siquiera sea sucintamente, el martirio moral de aquel hombre digno, honrado y que con tanta amargura cruzó su Calvario en la tierra.

Bien pudiera llamarse al trabajo fisiológico que vamos á presentar *Historia de un alma*, y estamos seguros que como tal lo mirará el lector, adivinando lo que nuestra insuficiencia no acierte á describir.

Marcelo había adorado de niño á su madre, y ésta fué el inocente y bello amor de los primeros

diez años de su vida. Amor coronado de rosas, rico de alegría, saturado de caricias: su madre era una mujer muy buena, pero prosáica y ruda, y Marcelo era la imagen de aquella joven y tierna madre.

Cuando la perdió, el corazón del niño recibió una herida mortal, herida que aún sangraba después de algunos años: todas las aficiones de Marcelo desaparecieron; un desaliento moral le consumía, y la fiebre se encendía en sus venas, creciendo cada día en peligro é intensidad.

Su padre, alarmado por los pronósticos de los médicos, se dedicó algo más al cuidado de Marcelo; un niño de doce años, muriéndose de pena y de soledad del corazón, es siempre interesante, y más para su padre; así el Conde, que realmente amaba á su primogénito, se dedicó á él más tiempo: le sacaba á paseo, le llevaba en su compañía á las excursiones que hacía á la capital, y le distraía hablándole de juegos y de proyectos de caza y pesca.

Marcelo se apegó pronto á su padre; era un alma tierna que, como todas las almas de su temple, necesitaba, más que ser amada, amar; bajo su áspera corteza atesoraba una sensibilidad infinita; sobre todos sus pensamientos estaba el cariño ciego, apasionado del padre, que se había convertido para él en un fiel y amable amigo.

El Conde contaba con él para todo, y cada mañana, al entrar Marcelo en su cuarto á saludarle,

tenía, lugar este diálogo, en términos, si no iguales, semejantes:

—Hoy iremos á cazar, hijo mío.

—Bien, padre.

—¿Por dónde querrás ir?

—Por donde tú quieras; lo que quiero es estar á tu lado y hablar contigo.

—¿No te cansas?

—Cada día me gusta más.

—¿Por qué no te vas con tus amigos?

—Mi mejor amigo eres tú.

—A la tarde tenemos una partida de billar; pero antes, Marcelo, es preciso que leas y dibujes un rato; tu preceptor se queja de tí.

El estudio era lo que más disgustaba á aquel muchacho, un tanto montaraz; mas por no enojar á su padre, el cual por todo castigo no le hablaba, se sometía al estudio de la Gramática, de la Historia y de la Geografía, que ya bastante tarde había emprendido, por no querer la rústica Condesa que durante ella viviese se dedicase Marcelo á nada.

—Con saber leer, escribir y contar, tiene bastante—decía:—siendo tan rico como es, le basta con amar á Dios y á su prójimo para que haga bien á éste y socorra á los pobres.

Muerta la Condesa, los amigos del Conde hicieron pensar á éste de distinto modo, y se buscó un preceptor para Marcelo.

La noticia del nuevo casamiento de su padre

vino á herir al adolescente en medio del corazón; la sombra de su madre, que á él le parecía ultrajada, le perseguía: nada hay que consuele á un hijo de ver ocupado el lugar de su madre por una persona extraña, á no ser la alta estimación que haga de esta persona. Marcelo no conocía á la bella criatura que iba á ser la esposa de su padre, y la detestaba sin conocerla.

Cuando fué á tomar posesión de su título de esposa y de señora de la opulenta casa de su marido, Marcelo, acostumbrado á la rusticidad de su madre y á la vulgaridad del autor de sus días, se burlaba amargamente de los *melindres* de María: la llamaba romántica, mojigata, zalamera y cuantos dicterios se le ocurrían, sin traspasar jamás, sin embargo, los límites de aquella nobleza nativa, de aquella hidalguía que resplandecía en todas sus acciones desde que había empezado á despuntar la luz de su razón.

Ya queda dicho cómo María de Guzmán conquistó poco á poco el alma del adolescente, alma aún cerrada á la parte más pura y delicada del sentimiento, así como la flor abre á la brisa de la mañana los últimos de todos aquellos pétalos delicados que rodean su cáliz, y que son los que exhalan más delicioso aroma.

Una rápida florescencia tuvo lugar en el alma del joven: ninguna mujer había criado el cielo más propia para llevarla á cabo que la esposa de su padre, casi de su misma edad, dotada de esa

atracción magnética que se siente, pero que es imposible explicar; ignorante de lo que pasaba en su corazón, Marcelo le dejó llenarse con aquel amor, á la manera con que las aguas de una esclusa abierta llenan los campos con su bienhechora frescura en los días del árido estío.

No dándose cuenta de lo que por él pasaba, Marcelo no podía acusarse de ingratitud ó de crimen hacia su padre: ¿quién puede explicar con claridad y fijeza, quién puede definir la vaguedad de las sensaciones del primer amor? Tanto valdría querer definir los vagos perfumes de la selva y el susurro de los árboles al amanecer de una mañana de Mayo.

María fué la que puso fin á una situación que podía haber sido terrible, porque era culpable: ya se sabe con qué esfuerzo de su corazón, que adoraba á Marcelo, le separó de ella; cómo persuadió al Conde para que le hiciese viajar, y cómo calló acerca de todo aquel drama íntimo y lastimero.

Marcelo volvió, no curado de su amor, pero sí decidido á no perdonar esfuerzo alguno para extinguirlo; amaba y respetaba á su padre; amaba á María; no necesitaba más un alma como la suya para purificarse.

Comprendiendo, lo mismo que María, que debía casarse, aceptó para esposa á la linda é inocente Luisa, hija del Marqués de Brennes: no podía haber pensado en otra criatura más propia para inspirarle un afecto tranquilo y apacible; su afecto

por ella tenía mucho de fraternal y de amistoso; en el fondo de su alma quedaba la imagen de María.

La paternidad la borró, porque al ver á sus hijos amó más á su mujer: el amor es contagioso para las almas buenas, y Luisa le amaba con tanta pasión y sinceridad, le había hecho de tal modo entrega de su alma, que Marcelo, agradecido profundamente á aquella ternura grave y sencilla á la vez, agradecido á la dicha de ser padre, llegó á querer á Luisa, si no con pasión, con inextinguible ternura.

Nada debilitó aquel tierno lazo: el Conde no hallaba placer alguno en las aventuras galantes que sirven de pasto á la crónica escandalosa; se necesitaban grandes cualidades de alma para fijarle; la suya era grande, amante y agradecida, pero delicada y tierna; había vivido siempre además en una atmósfera tan pura, que la parte material de su organismo estaba como dormida.

Luisa murió. Marcelo estaba destinado por el cielo á que su vida fuese como una larga despedida; la pérdida de aquella tierna amiga, de aquella fiel compañera, hizo aparecer en el carácter de Marcelo una misantropía cuyo germen quizá existía ya, pero que estaba oculto.

Disgustóse profundamente de la vida; hasta la vista de Cristina, que tanto había amado antes, le era molesta y ofensiva; un germen de amargura vivía en él, le fatigaba y le hacía penoso é imposible el camino, ruda y penosa la peregrinación.

María había envejecido con él y más que él; el dolor había hecho también su presa en el corazón de aquella noble mujer: viuda y viviendo sólo por su hijo, el corazón de Daniel se le había escapado como avecilla que deja el nido para ensayar sus alas, pero que vuelve á él con grandes deseos de libertad. Marcelo y la viuda de su padre apenas se veían, ni él veía tampoco á nadie, viendo sólo el retiro.

La Condesa se hizo cargo de la educación de Cristina, aún no terminada al fallecimiento de su madre, y toda su dicha hubiera consistido en poderla casar con Daniel; unir así á su propio hijo con la hija del hombre á quien había amado tanto, le parecía un presagio de dicha para los jóvenes, y lo mismo creía Marcelo; ambos á dos, la madre y el padre, se decían que algo de las simpatías de sus almas pasaría á las almas de sus hijos, y que la unión de los dos sería un manantial de venturas.

La suerte lo dispuso de otro modo. Daniel se enamoró ciegamente de Adriana; nadie mejor que aquella joven mimosa y mimada, en la que la ficción y la coquetería habían llegado á ser una segunda naturaleza, podía seducir á un joven como Daniel. Cándido y altivo, educado por una madre tierna, irreprensible, piadosa, Daniel gustó en aquella pasión delicias desconocidas para él y de las que no tenía ninguna idea, y bebió hasta el fondo la copa de la embriaguez.

El Conde recibió otro nuevo golpe con los amores de su hermano y con la desdicha de su hija: su carácter, agrio ya, se agrió mucho más; reconvino á Daniel por su afición á una aventurera de la que tenía la más desfavorable idea, y reconvino á su hija porque amaba á Daniel.

Al uno y á la otra les hizo los mismos argumentos, aunque separadamente.

—Yo he sabido—les dijo,—ser desdichado antes que culpable; yo he sabido romper todas las fibras de mi corazón antes de que palpitasen por quien no debían latir. ¡Y vosotros, cobardes criaturas, os dejáis arrastrar por aquello que os agrada!

—En los asuntos del corazón se hace lo que se puede, y no lo que se debe ó se quiere,—contestó Daniel.

—Querer es poder.

—No en el terreno del sentimiento, hermano mío: eso se entenderá en lo material de la vida.

—No esperes ya de mí favor alguno—objetó Marcelo airado; —todo lo que he hecho por tí hasta hoy, dejaré de hacerlo; te atendrás á tu pensión de alimentos, y nada más.

—Eres muy dueño de hacer tu voluntad,—contestó Daniel con acento frío y altivo.

—No te culpo el que no ames á mi hija—continuó el Conde:—lo que te culpo es que te unas á esa muchacha sin posición conocida, sin familia.

—¿Y qué culpa tiene ella de no tenerla?

—Aún no he podido ver claro en todo cuanto he

hecho—prosiguió Marcelo:—es un misterio el cómo viven.

—Marcelo—dijo el joven con firmeza,—de nada servirá el que veas claro, sino de hacernos á todos más desdichados... Mi resolución de casarme con Adriana es tan irrevocable, que aunque fuera contra la voluntad de mi madre sería mi esposa; consuélete esta idea de no haber hallado en ella tantas culpas como deseabas encontrar; culpas que á mi parecer no existen.

Marcelo debía caer en el mismo lazo que odiaba para su hermano: la seducción de la viuda fué cosa fácil; la astucia incomparable de aquella mujer tenía una tarea muy poco costosa: seducir á un hombre casi viejo, con menos experiencia que un niño, era tan poca cosa para ella, que le causó pequeña molestia y muy leve cuidado.

Todos los instintos materiales de Marcelo, dormidos de toda su vida, se despertaron con una fuerza inaudita; todos sus amores habían sido, por decirlo así, *ideales:* con el alma había amado á María; con el alma, aunque con menos intensidad, había amado también á su mujer; pero al ver á Leocadia, al aspirar las irresistibles seducciones de su voz y de sus ojos, se sintió como poseído de un vértigo, y su única idea fué poseer, *á cualquier precio que fuese*, lo que de tan buena gana se le ofrecía.

Ya se sabe que el amor material, si no el más noble, es el más fuerte, el más invencible de todos

los amores. Leocadia se apoderó por completo del ánimo y del corazón del poble Marcelo; era á la vez seductoramente hermosa, y estaba dotada de una coquetería irresistible y de una rara inteligencia: así subyugó fácilmente los sentidos, el corazón y la imaginación de Marcelo, que miró como un favor el que le otorgase su mano.

Durante mucho tiempo el Conde fué ciego; pero al fin, era tal el desorden, tan enormes los gastos de su casa, que hubo de tomar para sí la custodia de los grandes caudales que en ella había y la administración de sus bienes, que había confiado á su mujer, porque en el hecho de ser ésta pobre, como vió así que se casó con ella, le parecía una muestra de indelicadeza coartarla en el arreglo é iniciativa de los negocios de la casa.

Cuando dejó reducida á Leocadia á una suma mensual y la reconvino con alguna severidad, ésta, que en vez de amarle le había hallado siempre antipático y casi odioso, sintió levantarse en su corazón todos los torbellinos de la ira: probó á vencer aquella resolución por medio de halagos; pero Marcelo tenía el carácter firme, y si su imaginación era inexperta, su razón era sólida, y no se dejó engañar; había además nacido en su alma como la sombra de una sospecha amarga; estaba él tan acostumbrado á ser querido de veras, le había amado Luisa con tanta fidelidad de pensamiento, con tan inalterable ternura, que todos los manejos y seducciones de Leocadia, pasados los primeros

meses de embriaguez, le parecían estar impregnados de un carácter extraño y que le daba miedo; resistióse á sus exigencias, y la aventurera, llena de cólera, decidió la muerte del Conde y su triunfo.

Cuando llegó á manos de Marcelo el anónimo en que se le denunciaba la traición de su mujer, ya había éste tomado en dos ó tres ocasiones distintas el filtro funesto, que debía debilitar su razón y arruinar su vigorosa salud: Leocadia había traído de Italia un licor cuya invención hacíase remontar á la época de los Médicis; era de efecto lento, pero seguro, y la destrucción se completaba, sin dejar rastro alguno del crimen.

Una debilidad, una fatiga moral indecibles se apoderaron de Marcelo. Sus ideas perdieron gran parte de su lucidez; su mujer redobló sus halagos y sus caricias; parecía arrepentida de sus ligerezas, de sus manías de lujo y de desorden, y decidida á conquistar de nuevo el amor y la confianza de su marido; y éste, que deploraba amargamente la pérdida de sus ilusiones; éste, que había visto con terror cerrarse á sus ojos el mundo recién revelado de su amor y de su dicha, se dejó mecer en nuevas ilusiones, en tanto que su cuerpo debilitado descendía al sepulcro sin dolor y sin sacudimiento.

Leocadia le pintó París como el paraíso donde el corazón, los sentidos y la inteligencia gozan de una eterna y gloriosa vida, y tenía razón.

—Vivir en París amándose, amigo mío—le decía,—es vivir cien veces; cada instante es un goce, y cada goce tiene doblada intensidad, por lo refinado de la forma. Vámonos allí, y allí recobrarás la salud con mis amantes cuidados.

El Conde, ansioso de salud y de dicha, sintiendo ya un vago presentimiento de una muerte que temía, porque era dichoso, se dejó llevar á París. No tenía valor moral ya para luchar con los deseos de su mujer, ni hubiera podido hacerlo: la adoraba. Si María había sido el primer amor de su alma, Leocadia era el primer amor de sus sentidos y de su vanidad. María y Luisa habían sido las mujeres sencillas, castas, ajenas á toda doblez y á todo artificio. Leocadia era la sirena que le embriagaba con melodías desconocidas, con perfumes penetrantes y exquisitos.

Un día salieron los dos á dar un paseo por las alamedas del Retiro: era Mayo, y el aire estaba impregnado del olor de las lilas y de las adelfas en flor. Arrastraba el carruaje un hermoso tronco, y la cabeza débil de Marcelo estaba como turbada por el penetrante perfume de la primavera, y por una dosis que había tomado aquel día del brebaje fatal, más fuerte que las anteriores.

—Mi querido Marcelo—dijo Leocadia,—ya verás en París qué gran profusión de flores hallamos en los paseos á nuestra llegada: allí existe un verdadero culto por las flores; estamos á 8 de Mayo, y partiremos el 20.

—Aún tengo mil asuntos que arreglar—contestó el Conde,—y quedan pocos días.

—Si quieres que te ayude...

—¿Y de qué modo?

—Dame algunas firmas en blanco: ¿no me has enterado ya de una gran parte de tus negocios?

—Pero necesitas más explicaciones.

—Nada de eso: de acuerdo con tus administradores, arreglaré yo todo del modo más ventajoso.

Aquella noche tenía Leocadia cuatro firmas en blanco de su marido, que le permitieron cambiar los dos principales administradores por dos agentes suyos, y cobrar todo el dinero posible, á fin de reunir una gran suma que guardó.

Los últimos días de su estancia en Madrid no dejó que nadie se aproximara á su marido, que, cada vez más enfermo, no salió de su habitación más que para marchar una noche en el tren *express*, con dirección á París y acompañado de su terrible esposa.

El desierto exterior que componían las relaciones de Leocadia, se abrió, vacío de amor y de alegrías, delante de su marido. D. Román de Silva se les reunió en París así que dejó ordenados, según el deseo de la Condesa, todos los negocios de la casa, ya en Madrid, ya en Galicia, donde radicaba el pingüe patrimonio del Conde. Tenía la Condesa por el brasileño una especie de pasión fatal, y éste se hallaba sometido por ella á una extraña fascinación.

La naturaleza de Marcelo era tan vigorosa, que tuvo una sacudida inesperada: se habituó al tósi-

go, y su mujer, quizá arrepentida de su crimen, lo su spendió; pero de repente llegó una postración de todas las fuerzas de Marcelo, acompañada de un extraño y completo desorden cerebral. El Conde, al poco tiempo de hallarse en París, no podía ya salir de su cuarto, ni casi de su lecho.

El brasileño, más humano que Leocadia, exigió de ésta que dejase vivir al Conde lo que el cielo tuviese decretado.

—Para nada nos incomoda—le dijo:—su fortuna es nuestra; no hay corazón que no se conmueva al ver su estado, y el mío sufre al verlo así.

Cuatro años iban ya á cumplirse de la llegada á París del Conde y de su mujer, cuando llegaron Daniel y Adriana. Ya el pobre Marcelo los reconoció apenas; sin embargo, una intuición sobrenatural le hizo ver de repente todo lo injusto de su conducta con su joven hermano, al que tan poco había dado de su gran fortuna; sospechó que esta fortuna quedaba destruída en parte por su mujer, y en parte para ella sola: y aunque su lengua estaba ya paralizada, estrechó la mano de Daniel, alzó los ojos al cielo, y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas demacradas.

Daniel le tranquilizó con dulces palabras, porque el Conde, aunque no podía hablar, oía; y en tanto que Adriana y su madre corrían los salones y los teatros, él pasaba las noches y los días al lado del lecho del pobre enfermo.

El Conde cerró por fin los ojos á la luz de este

mundo, tan lleno para él de desengaños y de dolores, y casi á la vez los abrió el nuevo hijo de Adriana. La Condesa, que detestaba á Daniel, lo tenía ya todo dispuesto para la fuga; y así que Adriana pudo ponerse en camino, tomó con ella el de los Estados Unidos, que ya conocía por haber estado allí con su primer esposo.

VII

En una helada noche de invierno se oía gran ruido en uno de los más modestos hoteles de Londres.

Tenía lugar en él una comida de boda: el banquete nupcial de uno de los más ricos comerciantes de la City, con la hija de una viuda española, pero avecindada en la capital de Inglaterra desde hacía algunos años.

Serían las ocho: la boda se había celebrado á las siete en una capilla católica, y los contrayentes y convidados á la ceremonia habían ido á cambiar de traje para el banquete.

La mesa estaba puesta para treinta cubiertos, y adornada con buen gusto y sencillez: sobresalía en ella una gran limpieza, y se veían en el centro dos hermosos ramos de flores frescas y que aromaban dulcemente el comedor.

Este comedor no era el principal del hotel, ni siquiera uno de los varios grandes que en él había: era uno de los más pequeños. En el centro estaba la mesa de la boda; los cuatro ángulos estaban ocupados por otras mesas pequeñas.

Un camarero se ocupaba de los últimos detalles de la mesa del centro, cuando entró un caballero como de cuarenta años.

—¿Está ya todo, James?—le preguntó paseando una mirada por la mesa.

—Todo, M. Gordon—respondió el criado;—cuando quieran pueden venir.

—La mesa presenta un lindo golpe de vista, y me alegro, porque yo he sido quien ha recomendado este hotel á mis amigos.

—¿Es bonita la novia, M. Gordon?

—¡Encantadora!

—¿Rica?

—Muy pobre.

—¿Pues cómo se casa con un negociante tan rico?

—Porque ha sabido enamorarle.

—¡Era algo difícil el enamorar á M. Thomas Domery!—observó el camarero:—le conocemos en casa hace ya muchos años, y sabemos que pasa ya de cuarenta y ocho y que es bastante egoísta. ¿La novia es joven?

—No mucho: cuenta ya treinta años.

—Habrá llegado á esa edad sin casarse por el solo defecto de ser pobre, porque siendo bonita...

—¡Y muy buena, que vale más! No se ha casado, amigo James, porque no había amado verda-